

LA CALLE CORTADA

Las fiestas de nuestros pueblos son una aglutinación festiva de actividades que, en verdad, tienen bastante de pluralidad. A veces, leyendo los programas de fiestas, uno se extraña de cómo pueden armonizarse actos tan dispares, de intereses tan diversos y hasta contrapuestos. Algunos concejales y algunas festeras dejan de ver las cosas como las veían, después de una experiencia tan chocante sobre su propio pueblo. El sentido democrático de las fiestas, por su contenido plural y contrapuesto, es un buen ejercicio de observación desde el que se puede iniciar un talante de respeto a los otros intereses y convecinos.

No obstante, las fiestas son también un ejercicio de supremacías de intereses y grupos para imponer los actos de su preferencia. Ahí se establece como una escala en la que aparecen ordenados los actos de mayor a menor significación, resultando, por las posiciones que ocupan, unos indiscutibles, otros esenciales, otros por compromiso y algunos de mero relleno.

De esta manera quedan también a la vista los intereses, las preferencias, los valores de ese pueblo, aparte de la razón propia o causa que motiva la fiesta, bien sea una razón votiva a un santo o la celebración social de algún acontecimiento, sin más.

Un programa de fiestas es una ventana para asomarse a lo que es y cómo piensa esa colectividad. Es un escaparate tribal en el que ves y conoces buena parte de lo que late entre el pasado y el presente. Tiene buena parte de arqueológico y ancestral, mientras enseña con relativa espontaneidad sus deseos y sus tabúes adaptados al momento actual.

Pero de toda esa pluralidad, y dejando aparte la razón originaria que motiva las fiestas, éstas constituyen un tiempo y un lugar de encuentro y relación singular, extensa e intensa, relajada y positiva. Constituyen una gran catarsis social y relacional que opera también en cada individuo de forma buena. Sólo la no integración en nada de la fiesta produce el efecto contrario, siendo por lo tanto poco recomendable marginarse como salvaguarda o rechazo

ante lo que uno no se identifica. Siempre hay un espacio como observador, siempre hay un mirador posible con mayor o menor pupila antropológica.

Las fiestas de Vila-real constituyen un tiempo de encuentro, una ocasión de relación y acercamiento, pero no constituyen tanto un espacio de encuentro, un espacio total y abierto, único, como cabe esperarse dados su número de habitantes, su espacio urbanístico y su sólido soporte de prosperidad.

El espacio central y nuclear de ese encuentro tiene una ubicación natural en todas las villas y ciudades. Este es el centro urbano, como si de un corazón o de un ágora se tratase. Y justo ese espacio es ocupado, invadido, permanentemente por el escenario "respetable", pero primario, del *bou per la vila*. Desde que se instala este escenario, esta barrera, se produce una aniquilación del espacio para otro uso. Hay o no toro, ya no queda sitio para otra actividad.

No estoy proponiendo la eliminación del *bou per la vila* como actividad festiva. No quiero entrar ahora en esa cuestión. Simplemente planteo una reflexión que pueda servir a la mayoría, salvo a los acérrimos del toro, que poco ven más allá del testuz.

Habría que considerar si, en ese escalafón de valores y preferencias de los ciudadanos, de los villarrealeses, el toro tiene suficiente entidad como para que impida que el centro del pueblo se inhabilite para lo más natural de la fiesta, que es el encuentro, la relación, el deambular, el ir y venir sin más, empapándose del ambiente de fiesta. Esto, que es lo principal, no se produce porque el espacio está cortado para un acto excesivamente protagonista: el del *bou*. Un acto primario, básicamente de los varones de las familias y no para toda la familia simultáneamente, como puede ser en la fiesta. Un acto en el que la

relación se dispersa trasladándose a un nivel bastante instintivo y atávico, físico, aburrido y hasta cobarde y poco noble con la bestia.

En ese orden de preferencias podrían armonizarse más felizmente algunos hechos. Por un lado el que se pueda celebrar el *bou per la vila*, pero, por otro lado, el que no se haga en el espacio que por naturaleza debe ser libre, abierto y estimulador de lo más universal y grande de la fiesta: la comunicación, el verse unos y otros en la calle. Nada puede impedir eso en una ciudad madura, reflexiva y próspera, que mira el futuro casi creándolo en algunos otros ámbitos.

Las autoridades, la Comisión de fiestas, las peñas y cualquiera de nosotros, podemos hacer un acto racional y cortar ese ciclo peligroso y empobrecedor de dar lo que más gusta sabiendo que esto gusta porque es lo que más se da. ¿Creen que San Pascual, al que se honra, que recorría el pueblo de puerta en puerta para conseguir unos retales y dar de comer a los pobres se siente honrado con un acto tan pagano y lejos de la relación individual, de la relación humana? ¿Creen que es la mejor manera de querer al pueblo? Hay momentos en que lo racional es justo y lo justo ha de imponerse sin temor a las coacciones de los que no reflexionan.

Creo que ya han pasado unos años de disfrute del *bou per la vila*, tras aquellos de prohibición, y que es hora de hacer balance y sopesar un reajuste del espacio en que se ubican los actos. El centro de la vila ha de ser para el ciudadano a pie, para el paseo, para el encuentro masivo y sosegado, para el caminar y mirar sin sobresaltos. Reestructurar el escenario taurino es imprescindible, con lo que se lograría mayor respeto a todos los intereses y un espíritu más acorde con ese ciudadano del mundo que todos llevamos dentro.

MARCELO DÍAZ

